

La dimensión social y comunitaria de la educación

Entiendo la educación como un proyecto colectivo, social, consciente e intencional que mira hacia un futuro mejor. Un proyecto que debe garantizar que todas las personas desarrollen las capacidades básicas para ser capaces de transformar la información en conocimiento y que esté animado por un conjunto de valores y actitudes que promuevan la igualdad y la cohesión social

Ignasi Vila
Departament de Psicologia Universitat de Girona

De hecho, esta afirmación no es nueva y se puede encontrar en un sinfín de personas que han pensado sobre la educación. Sin embargo, aquello que sí es nuevo se refiere a las complicidades actuales entre los diferentes agentes educativos para hacerlo realidad. En la sociedad industrial, “lo que la sociedad esperaba de la escuela” estaba bastante consensuado y era compartido por la mayoría del profesorado lo cual hacía bastante fácil su trabajo. La famosa frase, allá en los años 60 y 70, de “el que vale, vale, y el que no a trabajar”, más allá de sus connotaciones innatas que no comparto, ponía de relieve que el fracaso nunca era de la institución escolar, sino siempre individual (o, en último término, familiar). Con este ejemplo quiero referirme a que, en el ámbito de las creencias y las actitudes, las continuidades que existían entre la sociedad y la escuela (independientemente de ser cierto o no(1)) eran muy elevadas.

Como señala Jerome Bruner, la escuela es probablemente el legado más revolucionario de la cultura humana

Hoy en día, ya en la sociedad de la información, las cosas son muy distintas. No voy a referirme a todas las razones que están detrás del desconcierto, la desmoralización y la resignación de una parte del profesorado, pero sí quiero referirme a una que normalmente no se acostumbra a citar: me refiero a las discontinuidades, reales o percibidas, entre “lo que se espera de la escuela”(2) y “aquello que hace la escuela” . No seré yo quien diga que la escuela está en crisis porque, entre otras cosas, no lo creo, pero sí que es verdad que aparecen iniciativas sociales como la “escuela en casa” (impensables hace bien pocos años) o que cada vez desde el mundo escolar se hable más, generalmente de forma negativa, de la educación familiar o de la influencia educativa de los medios de comunicación. Da la impresión, como he señalado en otros escritos, que la escuela se siente como Gary Cooper “sola ante el peligro” ante maneras y formas educativas que, desde su punto de vista, atentan contra la educación escolar. Y, ciertamente, en algunos casos es así, pero ello no redime a aquello que ya no funciona en nuestro sistema educativo.

Soy de los que piensan que en el conjunto de los diferentes agentes educativos (familia, amistades, medios de comunicación, ciudad, etc.) la escuela tiene un papel central y vertebrador. Como señala Jerome Bruner, la escuela es probablemente el legado más revolucionario de la cultura humana ya que, por primera vez, se hace posible de modo universal aprender cosas fuera del contexto de la acción. Es decir, desde la narración y el

diálogo lo cual significa nuevas mentes, gracias a desarrollos específicos en el ámbito de lo simbólico, para todas las personas en el sentido de la plena humanidad. Pero, para que la escuela pueda realizar su trabajo tiene que estar en continuidad con los demás agentes educativos o, en otras palabras, la sociedad tiene que “educar” para la escuela. Y para que se me entienda “educar para la escuela” no significa acumular conocimientos y “prerrequisitos” sobre no sé cuantas cosas supuestamente necesarias para encarar con éxito las actividades escolares. Significa posibilitar las habilidades implicadas en lo que se ha denominado el “aprendizaje estipulativo”. Es decir, habilidades y competencias necesarias para aprender sobre cosas que no están presentes, pero de las que se estipula su existencia y, por tanto, su estatus de mundo posible. Este es, a mi entender, uno de los grandes retos para hacer realidad a todas las personas la grandeza de la educación.

La escuela tiene que asumir que, al menos, para determinados sectores de la población las continuidades que existían en la sociedad industrial entre sociedad y escuela están rotas y que, por tanto, para conseguir sus objetivos la escuela tiene que recuperar (y no dar por supuesto) la dimensión social y comunitaria de la educación. Ello significa, en algunos casos, una nueva manera de hacer. De hecho, entre las clases medias tenemos algunos ejemplos de modo que cuando se han referido a la “calidad de la educación” lo han hecho situándose en esta perspectiva y, desde una estrecha relación entre los claustros y las AMPAs, han orientado las escuelas hacia el territorio a partir de una fuerte implicación con las asociaciones y entidades del entorno con el objetivo de crear y mantener una red comunitaria que otorgara una gran identidad a la vida del barrio. Evidentemente, esto significa aprovechar, coordinar y orientar todos los recursos educativos del territorio a favor de las capacidades y habilidades humanas cuyo desarrollo sólo es posible desde la educación escolar.

Es necesario que la escuela recupere la dimensión social y comunitaria de la educación

No obstante, las cosas no siempre son tan sencillas y, en las grandes ciudades y su entorno, existen muchos barrios en los que la vida social y comunitaria es prácticamente inexistente. No me refiero a las adosadas, en donde desgraciadamente es así, sino a aquellos barrios en los que el pequeño comercio nunca ha existido o ha desaparecido, en donde ni hay lugares de encuentro ni el tejido urbano invita a las relaciones sociales y, en donde, por descontado, para contar el asociacionismo existen los dedos de una mano. En esta situación aún es más necesario que la escuela recupere la dimensión social y comunitaria de la educación. Así, la escuela puede ser el instrumento más útil para vertebrar el territorio, organizar y coordinar a su alrededor a todos los agentes educativos con un énfasis especial en las familias. Ya no se trata de educar únicamente en la escuela, de aprender más o menos de memoria determinados contenidos o de construir unos determinados conceptos. Al contrario, se trata de saber cómo desarrollar proyectos que sirvan para organizar tejido social y tejido educativo en el contexto de la comunidad. Proyectos que sean capaces de establecer continuidades entre aquello que se hace en la escuela y aquello que se hace en el ámbito comunitario. Y, por tanto, proyectos capaces de definir propuestas en el territorio desde el punto de vista asociativo, desde el punto de vista de las familias y desde el punto de vista de la escuela(3). Evidentemente, esto no significa que la escuela tenga que adaptarse acriticamente al medio o, dicho de otro modo, la aceptación de que el territorio también educa no significa reducir la importancia de los aprendizajes escolares tal y como he señalado a lo largo del artículo. Por eso, es tan

importante la acción de la escuela como vertebradora del territorio y de los agentes educativos allí incluidos.

(1) Y no debía serlo porque la Ley General de Educación a pesar de cosechar un gran éxito social comportaba un 40% de fracaso escolar.

(2) Algo de esto está detrás de la fuga de sectores de las clases medias de la escuela pública hacia la escuela privada.

(3) La Administración tiene una gran responsabilidad en este quehacer y, desde la equidad, debería tratar estos territorios de manera singular de modo que pudieran existir actividades extraescolares, salidas a la ciudad, colonias y otros servicios sin que tuvieran que ser costeadas por las familias.

Del “trabajo individualizado” al “trabajo comunitario”

La escuela como vertebradora del territorio y de sus agentes educativos implica modificar la concepción del trabajo escolar y pasar del “trabajo individualizado” al “trabajo comunitario”. Ciertamente, ello sólo es posible si existe un proyecto educativo en el territorio, compartido y consensuado por los diferentes agentes, que alienta y da alas a este tipo de proyectos escolares centrados en un territorio en el que las necesidades y las expectativas educativas de las familias pueden ser muy distintas de las de las clases medias. Evidentemente, ello conlleva una nueva forma de participación respecto a la educación que consiste en el diseño de formas y canales que impliquen a todos los agentes educativos en la propuesta, el desarrollo, la gestión y la evaluación de actuaciones y programas educativos que aporten soluciones a los problemas concretos y específicos de toda la ciudadanía. Y mucho de esto se encuentra (o se busca) en las comunidades de aprendizaje.